

LA CRIA DE LA PERDIZ COLORADA

(*Rhynchotus rufescens*)

Por P. S. CASAL

(Continuación del artículo sobre el mismo tema aparecido en el Vol. VII, nº 1 de «El Hornero»)

En el artículo anterior, decía que de doce ejemplares silvestres que tenía de esta perdiz, me habían quedado nueve que encerré en un parquecito de 20 × 20 metros en el que había una casilla para que pudieran escon-



FIG. 1. — Pareja de perdiz colorada (*Rhynchotus rufescens*). Preparación y foto de Antonio Pozzi.

derse o resguardarse cuando quisieran. Aparte de la puerta, que sólo se utiliza para su limpieza, la casilla tiene una gatera por donde las perdices entran y salen libremente.

Una parte de la casilla se mantiene siempre con pasto seco en abundancia para que las perdices puedan esconderse y hacer sus nidos; además,

se colocaron algunos cajones bajos y largos, con pequeñas aberturas para que también pudieran servir de nidos en caso de preferirlo así las perdices. Estas nunca han puesto sino fuera de la casilla, a cielo abierto, en una pequeña depresión del terreno, que ellas mismas hacen con las patas y el cuerpo, para lo cual adoptan la posición de semiechadas al mismo tiempo que giran sobre sí mismas suavemente. El giro lo hacen alrededor de un eje vertical y la operación dura pocos minutos; si el lugar elegido es muy duro, buscan otro, pero siempre tratando que el futuro nido quede semi-oculto entre los yuyos o matas de paja.

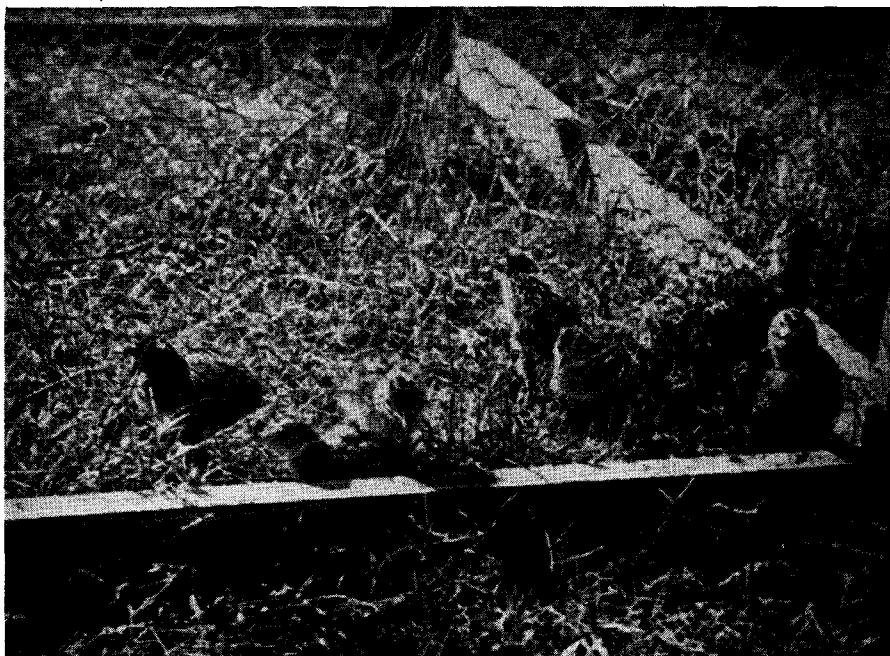


FIG. 2.— Pichones de perdiz colorada en su jaula. (Moreno F. C. O.). Foto de P. S. C.

El pequeño parque está cercado con alambre tejido y se pobló con matas de paja brava, dejándose, además, crecer otros yuyos y gramilla, para que sirvieran de protección. Tanto los yuyos como la paja brava prosperan poco porque las perdices son muy andariegas, pero han prestado, sin embargo, buenos servicios.

Recién al final del 4º año se decidieron realmente a poner; los huevos fueron agrupados en tres nidos que las perdices habían hecho en otras tantas partes del suelo, pero como tardaban en echarse, lo que hacía peligrar los huevos, aparté una docena que puse a una gallina.

De las 9 perdices, 6 eran hembras y 3 machos.

No me explicaba la indiferencia para tomar el nido, pues no podía ser por timidez, pues después de cuatro años de cautiverio se habían hecho muy mansas. Sin embargo dos de los machos estaban cluecos, lo cual se notaba, poniendo un poco de atención, por un sonido bajo y semigutural que emitían de cuando en cuando. Cuando se echaban lo hacían por pocas horas, lo que nos inducía a no retirar los huevos en la esperanza de que se echaran definitivamente. En estas alternativas perdimos los huevos de los nidos, más 30, que pusimos en una incubadora, sin resultado. El total de huevos que pusieron fué de 90. La gallina sacó 9 pichones que murieron



FIG. 3.— Pichones de perdiz colorada nacidos de padres en cautividad. Foto de P. S. C.

trágicamente a edad temprana: las perdices machos mataron 6 a picotones en un momento en que, sin sospechar semejante conducta, dejamos a la gallina dentro del pequeño parque. Esta madre natural hizo una defensa vigorosa, pero sólo pudo proteger, a lo que parece, los tres pichones que no se apartaron de ella; los otros fueron ultimados al desparpamarse entre los yuyos. Los tres que quedaron murieron por diferentes causas, y el que vivió alcanzó a los 8 meses.

Al empezar la primavera del 5º año la colonia quedó reducida a 4 individuos; dos hembras y dos machos. Los otros se escaparon en un descuido del encargado, y aunque tenían las alas cortas se perdieron en los alfalfares y maizales de las chacras vecinas.

Como el que empolla es el macho, no puede soportar la humillación de que los otros se paseen con las hembras, mientras él está inmovilizado por sus funciones de incubación. Para no dejar el nido, su moral paterno-maternal tendría que ser más fuerte que sus instintos de macho; es decir, que al sentirse clueco, perdería la altivez y la violencia del sexo, lo que no ocurre.

De acuerdo con esta observación, un poco tardía, desgraciadamente, sobre la psíquis de estas perdices, alejé a uno de los dos machos que quedaban, y el que dejé con las hembras, se echó cuando éstas empezaban a



FIG. 4. — Macho de perdiz colorada incubando. Foto de P. S. C.

poner, pero siempre manteniendo desde el nido una severa vigilancia sobre ellas. En estas condiciones, apenas se le acercaba al nido la comida, se levantaba un momento, comía, bebía unos tragos de agua y volvía a echarse.

De los 7 pichones que nacieron sólo viven 2; los otros murieron, al parecer, por una alimentación inadecuada, de la que sólo han sobrevivido los más vigorosos.

El macho apartado, vuelto a juntarse con los demás, ataca despiadadamente a los pichones que él no ha incubado, lo que parece ser una modalidad de estas perdices. En libertad esto no ocurre por razones fáciles de comprender.

Parece indispensable que en la dieta, entre una buena parte de elemento vivo: gusanos, insectos, etc., lo cual se puede suministrar en las primeras semanas del desarrollo, pero a medida que los pichones crecen, el consumo es muy grande y no se puede conseguir, de modo que después de la tercera semana, el alimento era sólo de pastas de afrecho, avena, maíz pisado y alfalfa fresca y fideos cocidos, que les agradaban mucho. Estos alimentos son comidos con buen apetito; sin embargo, hay alguna falla que impide que el estado general de las perdices pueda calificarse de excelente, y, tratándose de pichones, es la posible causa de la muerte a la tercera o cuarta semana.

Es indudable que si el espacio fuera muy amplio, al extremo de poder considerarse en semilibertad, los resultados serían mucho mejores; pero, al menos, hemos comprobado que esta perdiz, tan arisca, y la mejor que tenemos por su tamaño y sabor, se puede convertir con relativa facilidad en un ave doméstica de gran valor.

Espero que en años sucesivos obtendré resultados más positivos en todos sentidos.

NOTA SOBRE EL CHAJÁ

Chauna torquata (Swainson)

Por CELIA BERNAL DE PEREYRA

En la visita que hiciéramos a General Lavalle en la primavera de 1936, donde en compañía de nuestro amigo y consocio de la S. O. P. Ernesto R. Runnacles, visitamos la antigua estancia de Gibson y conocimos los lugares de nidificación en colonias de infinitud de aves de bañados. Entre otras especies habíamos traído vivos dos pichoncitos de chajá, los que luego, llevados a casa de mi familia en Zelaya, se criaron muy bien, alimentados con verdolaga, alfalfa y otras hojas que ellos picaban de algunas plantas del jardín, como también sopas de leche y zapallo cocido, que mucho les agradaba.

Se desarrollaron perfectamente y aunque de día andaban por los patios de la casa, por la noche se encerraban para dormir en un jaulón, especie de gallinero.